

# Editorial

Jaime Alvar Ezquerro / Director

**CREADO EL MONSTRUO MERECE TODOS LOS RESPETOS.** La producción cultural es monstruosa. Lo es tanto en términos cuantitativos como cualitativos. Que nadie se asombre en relación con esta última afirmación. Este año celebra entre sus muchas efemérides la del centenario del inicio del siglo más monstruoso de la historia, que arranca con el estallido de la I Guerra Mundial.

El monstruo cultural posee mil caras diferentes. En los últimos años se ha desarrollado extraordinariamente el estudio de algunos de sus aspectos, como son las denominadas señas de identidad.

El observador lejano no puede dejar de sorprenderse por la capacidad de los grupos humanos para crear marcas diferenciales que permitan el reconocimiento del individuo como partícipe de un grupo. Tampoco cesan de causar sorpresa los potentísimos mecanismos desarrollados para controlar las vinculaciones afectivas a esas señas identitarias. El nivel de consciencia de los poderes fácticos para la identificación de las marcas sensibles, oportunas, vinculantes y su correcta manipulación para mantener las situaciones de desigualdad que les han sido favorables es una arquitectura poderosísima en la que se conjugan elementos ideológicos, económicos, sociales y políticos orquestados como monopolios institucionales y organizados como instrumentos de coerción.

Es fácil reconocer cómo una buena parte de la sociedad se apropia de esos elementos identitarios, lo hace de forma inconsciente en su proceso de aprendizaje y socialización, y los enarbola después como producción intelectual propia y

original, cuando es capaz de opinar. Es muy difícil reconocer la dependencia personal de los constructos adquiridos, adquisición que es un fenómeno continuo de aprendizaje y adaptación incluso cuando se ha roto con las señas identitarias adquiridas en la niñez.

El monstruo es el individuo incapaz de oponerse al pesado lastre cultural que no hace más que intensificar la dependencia y la desigualdad. Inserto en su sistema de cultura balizado por los marcadores identitarios, merece todos los respetos.

El monstruo es el sistema de cultura del que emanan las artimañas destinadas a que los individuos acepten la dependencia y la desigualdad. Ese monstruo es versátil y escurridizo. Es capaz de amoldarse al instante aunque el argumento inmediato contradiga el precedente, por eso es inmoral. El objetivo último es la consolidación de los privilegios adquiridos y para ello tiene que adornar el discurso con argumentos adecuados para cada momento independientemente de su consistencia. Por ello el monstruo se apropia del relato histórico, que no de la Historia. El monstruo, que hace sufrir, es tan perverso que se presenta virtuoso incluso para quien es por él oprimido. El monstruo es tan poderoso que logra su absolución al emitir el dictamen de que toda producción cultural es digna de respeto. Su indulgencia es tan fascinante que ciega incluso a quienes deberían combatir por sacudírselo. ¿Es posible el cambio? ¿Qué cambio y a cambio de qué?

¡Ojalá el análisis historiográfico sirva para instalar cada pieza en el lugar que le corresponde en el rompecabezas cultural!